

EN TORNO AL CONCEPTO DE CRISIS HISTORICA*

Ximena Larreta Lavín**

1.- PROLEGOMENOS

El concepto de crisis histórica constituye en la historiografía contemporánea una especie de criterio-prueba, de idea-fuerza, y es tema recurrente en el pensamiento occidental desde los inicios de la Revolución Francesa¹. Debemos distinguir el término en sentido genérico, de una crisis histórica propiamente tal.

La palabra crisis posee hoy en día un uso universalizado a tal punto que puede sublimarse o deteriorarse como problema. Una de las falacias más frecuentes es decidir *a priori* que vivimos una época de crisis y luego retratar la crisis con los rasgos de nuestra época.

Por otro lado, la noción de crisis ha estado implícita en la idea utilizada por largo tiempo como forma histórica de "decadencia" para definir un típico momento de cultura, (el período helenístico referido a la cultura griega, los últimos siglos del Imperio Romano referidos a los primeros). Decadencia se entendía como la ruptura total de una unidad cultural, manifestada en el abandono de sus caracteres puros y en la incorporación de elementos nuevos, con los que se originaba un empobrecimiento del tronco originario de la cultura y, con él, su desaparición. Pero esta idea de decadencia identificada a la crisis que trae como colorario la destrucción de las estructuras culturales no puede ser sostenida; su fundamento básico se encuentra en la analogía organicista, de donde, en cierto modo, proviene. Las estructuras culturales, por el contrario, se caracterizan por su naturaleza de constante movilidad, susceptible de operar cambios profundos -diferentes en todo de las mutaciones de la vida del organismo-, originados en la aceptación de nuevos elementos, en su elaboración e incorporación al cuerpo de la cultura, en la transmutación, finalmente, de los elementos considerados básicos. De tal mutación surge un complejo nuevo, en el que si sobreviven ciertos esquemas fundamentales puede verse una etapa nueva de una misma cultura y de la que nace otra, si por el contrario se han extinguido estos esquemas válidos hasta ese momento; pero todo ello no significa decadencia en sentido biológico,

* Este estudio es una síntesis de tesis doctoral intitulada "El Concepto de Crisis Histórica en la Historiografía del Siglo XX: Sus manifestaciones más relevantes".

** Profesora de Teoría de la Historia del Depto. de Ciencias Históricas y Sociales. Universidad de Concepción.

1 Si bien es cierto nuestro trabajo se centra en el análisis del concepto de crisis histórica a partir del siglo XIX, es claro que la presencia de las crisis como fenómeno histórico es vigente desde los orígenes mismos de la historia e historiografía; al respecto Tucídides, en su obra La Guerra del Peloponeso, analiza la crisis del mundo griego a fines del siglo V a. de C. representada por Atenas y Esparta.

sino, por el contrario enriquecimiento y diversificación o cuando más transformación que debe ser juzgada ahora según los nuevos valores que la propia cultura ha creado².

La crisis es un cambio histórico. Se emerge de una etapa normal para ingresar en una fase acelerada de la existencia, en general resuelve una situación y da paso a otra que plantea sus propios problemas, cuando hace su aparición, ésta siempre es brusca, y la sorpresa contribuye a sus efectos devastadores; este carácter súbito y acelerado es permanente, no hay nunca gradación ni estabilidad; supone la aniquilación de la rutina y se entra de lleno en un período de novedades y peligros, no exento de posibilidades de renovación. La crisis marca el abismo entre el pasado y el futuro, "...el desfondamiento del instante zarandeado por la nostalgia y la esperanza en su compromiso aventurero"³.

El pasado ya no es vigente ni influyente, y como el presente es caótico, el futuro se presenta arcano y no pueden hacerse predicciones. Se ingresa en un ámbito de desorientación, desconfianza o desesperación, tanto en el plano individual como en el colectivo. Son momentos en que las constantes del tiempo histórico revienen sobre sí, pierden su dirección tradicional y se recuperan o entrecruzan buscando nuevos rumbos. La crisis posee sí, una condición paradójica esencial: el estado excepcional pasa a normalizarse, se perpetúa lo transitorio y se eterniza el momento decisivo de la solución a la crisis.

En la aceleración característica de la historia hay dos tipos de procesos, los graduales y duraderos y los borrascosos y apresurados; estos períodos críticos se presentan afectando a la humanidad en forma más o menos periódica y sistemática, constituyendo así un fenómeno esencial de la misma.

El criterio general de la verdadera crisis, ha dicho Burckhardt, cualquiera que sea el movimiento en que se resuelva, está en la fusión de una fuerza antigua y una nueva. Entiende por crisis, toda modificación brusca no de las fuerzas y potencias últimas que se hallan en la base del devenir histórico, sino de la relación mutua de estas fuerzas y la forma en que hasta entonces se habían dado. Una modificación brusca aunque contenida potencialmente en el pasado inmediato que tiene lugar fuera del desarrollo paulatino de las posibilidades de una situación histórica concreta; de esta manera una crisis es una revolución, o la caída de un Estado o de un sistema cultural⁴, una invasión o una guerra.

El concepto de crisis histórica se refiere, entonces, a la naturaleza, estructura y sentido de los cambios sociales.

Ahora bien, para que pueda hablarse con propiedad de crisis históricas, y de acuerdo con nuestro análisis, son necesarias ciertas condiciones, a saber:

-
- 2 Romero, José Luis "Las Concepciones historiográficas y las Crisis" en *Revista Universidad de Buenos Aires*, 1962, p. 35.
 3 Savater, Fernando, "El mito de la crisis" (Una superstición sociológica), en *Revista Nuevos Cuadernos de la Magdalena*, Santander, 1985, p. 139.
 4 Burckhardt, Jacob, *Reflexiones sobre la historia universal*, Fondo de Cultura Económica, 2a ed. en español, traducción Wenceslao Roces, México, Buenos Aires, 1961, p. 248.

- Estructura de una sociedad durante un tiempo más o menos largo en condiciones que se dan por supuestas y legítimas por haber operado sin grandes obstáculos en el curso de numerosos intercambios sociales.

- Aparición de cambios de diversa índole (sociales, políticos, económicos, culturales, religiosos), desencadenados en algunas ocasiones (pocas), por factores externos, pero la mayoría de las veces surgidos de estructuras internas que minan las bases de la concordia social y que plantean a la sociedad problemas que no son susceptibles de solucionar con las reglas o medios válidos hasta entonces⁵.

Estos cambios profundos originados por la aceptación, elaboración e incorporación de elementos nuevos, dan lugar, por lo general, a la aparición de un complejo distinto estructurado en un orden diferente con un nuevo sistema de valoraciones.

Ahora bien, en relación con lo anterior debemos aclarar que las crisis históricas son disímiles, y las cuestiones que se suscitan en ellas son absolutamente diferentes dependiendo de situaciones concretas de toda índole; pero podemos intentar reducirlas a una predicación común, a una comunidad de significado. De acuerdo a ello distinguiremos "crisis de afirmación", "crisis de reelaboración" y "crisis de senectud".

Crisis de Afirmación

En el momento en que, frente a un ámbito de cultura aparecen grupos sociales ajenos que pretenden alterarla o aniquilarla, la totalidad de la sociedad, o una mayoría, tiende a provocar un estrechamiento de sus filas, y adquiriendo conciencia de lo que les es común, aún sobreestimando su valor, opera una crisis de afirmación de la propia individualidad cultural. Una crisis de afirmación típica es la que se opera en el ámbito del mar Egeo en los siglos VI y V a. de C., cuando, frente a la agresión de los persas, los griegos, desunidos políticamente, descubren su esencia común y afirman su existencia, uniendo sus esfuerzos en la defensa de su *ethos* cultural.

Crisis de Reelaboración

Cuando los ideales comunes han perdido vigencia y se ha quebrado la adhesión hacia ellos, de la mayoría de los grupos sociales, el contacto con un agente destructor puede provocar una crisis de reelaboración; ya sea por la aceptación y elaboración de elementos exógenos; o por la irrupción de nuevas tendencias de grupos de la misma sociedad. Estos grupos que representan lo nuevo, no acatan el esquema jerárquico establecido y exigen un ajuste en el que se les confiera un nuevo rol; pero como esto implica la alteración de las relaciones establecidas, se provoca un conflicto abierto o soterrado. La crisis interna se manifiesta entonces como un estado de revisión de las relaciones recíprocas de

5 Ferrater Mora, José, *Las Crisis Humanas*, El Libro de Bolsillo, 1a ed., Alianza Editorial, Madrid, 1983, p.9.

los diferentes grupos de la sociedad, del que se sigue necesariamente un cambio decisivo que redundará en un nuevo esquema valorativo. Una crisis de reelaboración típica es la que se produce en el siglo II a. de C., cuando Roma absorbe el mundo helenístico y recibe sus contenidos culturales consustanciándolos con su ámbito de poder. El siglo XV configura también en la Europa Occidental una crisis de reelaboración, e iguales características tiene la crisis del siglo XVIII europeo de la que surgirá el Occidente contemporáneo⁶.

En la historia además, se han dado conjuntamente crisis de afirmación y de reelaboración.

Crisis de Senectud

Una crisis de senectud provoca el fin irremisible de un sistema cultural y es el proceso analizado por Spengler, en un estilo aparatosamente profético, en su conocida obra *La Decadencia de Occidente* que para muchos de sus contemporáneos significó un verdadero diagnóstico de su tiempo. Típicas crisis de senectud son entre otras: la crisis en que perece el mundo greco-romano profusamente analizada por historiadores, sociólogos y ensayistas, la crisis del Egipto faraónico, o la misteriosa desaparición de la cultura maya.

De acuerdo con lo anterior, postulamos que la crisis es una categoría de la historia, esto es, una forma fundamental que puede adoptar la estructura de la vida humana en relación con lo que la vida histórica tiene de cambio.

2. RASGOS, SIGNOS, SINTOMAS EXTERNOS E INTERNOS DE LAS CRISIS HISTÓRICAS

Las autoridades en el tema han aislado una pluralidad de rasgos externos que sólo enunciaremos, para centrarnos en los internos que develan la intimidad de la crisis; iremos del rostro al alma de esta peculiar categoría de la historia.

Signos de las Crisis

Hiperconciencia, desarraigo, tendencia a la confusión y a la identificación de lo diverso, intervención frecuente de las masas, predominio del hombre de acción, pragmatismo, trascendencias provisionales, otros.

6 Romero, José Luis. op. cit. pp. 51 y sgtes.

Rasgos Internos de las Crisis Históricas

El Racionalismo

En épocas normales el hombre es un sujeto de unidad, la cultura se asimila como una herencia de fórmulas con plena vigencia, pero cuando sobreviene la crisis se produce una ruptura abrupta de esas fórmulas, una afirmación de la discontinuidad. Ahora bien, siendo el hombre un ser al que la naturaleza ha provisto de muy escasos y débiles instintos y le ha instalado así, en un estado de inmadurez y deficiencia, dentro de la vida, teniendo que procurarse él solo los medios para salir de ese estado de precariedad, el racionalismo significó, ante esta situación, un medio altamente gratificador con el que superar sus carencias constitutivas, representó una impresionante altura y perfección en el dominio de la vida y en la seguridad de la existencia. Pero la racionalización como todo lo específicamente humano es una posibilidad que entraña un peligro, el peligro de la desmesura. La racionalidad inició una carrera desenfrenada sometiendo la vida humana al cálculo y al predominio técnico, interpretando el mundo desde el punto de vista del fin utilitario, subyugándolo y tomando de él posesión. Este proceso transformó de manera decisiva la forma que tiene el hombre de vivir, sentir e interpretar el mundo y a sí mismo. Y se ha producido una degeneración interior del ser humano, una pérdida de valores éticos, una desaparición de lo cualitativamente único en beneficio de lo cuantitativamente repetible. El mundo se ha transformado en una urdimbre de ordenaciones y conexiones y el individuo se ha diluido de la masa. La visión racionalista del mundo es externa, provisional y periférica, razón por la cual podemos denunciarla como un rasgo definitorio de crisis porque el hombre ha perdido su alma y es un ente mecanizado y estandarizado.

La Sociedad Masa

Otro rasgo de la crisis vigente y subsistente tanto en las consideraciones de los filósofos ensayistas o historiadores analizados, es el de las *masas rebeladas*. Esta idea ya presente en las concepciones de Hesíodo y Polibio en el sentido de que el predominio de las masas significaba el fin de la sociedad civil, y que Nietzsche y Kierkegaard reiteran como el elemento de tensión entre el individuo y la muchedumbre, y que Burckhardt profetizaba apocalípticamente, es enfatizada dramáticamente por Spengler y Ortega. La noción de pueblo, en ninguna estructura cultural coincide con todos, nos reitera Spengler. "Cuando el pueblo es realmente nación, cuando un pueblo cumple el sino de una nación, existe en él una minoría que en nombre de todos representa y realiza su historia"⁷. Spengler no identifica a la masa sólo con el proletariado sino que la conforman todos aquéllos que no

⁷ Spengler, Oswald, *La Decadencia de Occidente, Perspectivas de la Historia Universal*, Vol II, 13 ed. Espasa Calpe S.A., Trad. Manuel García Morente, Madrid, 1983, p. 205.

poseen un destino histórico que son conducidos como grosero rebaño por los autodenominados conductores y "representantes del pueblo", y esto no sólo en el Occidente contemporáneo sino en Atenas, en Roma, en Alejandría, en Egipto, en la India budista, en la China de Confucio⁸. La concepción de Ortega subraya y amplía la de Spengler. El hombre contemporáneo sufre una progresiva deshumanización producto de la excesiva tecnificación de la sociedad occidental, tecnificación que ha hecho posible la irrupción del hombre masa al primer plano de la vida europea. Se ha producido un relevo del protagonismo histórico y las "masas rebeldes" ocupan los lugares que tradicionalmente estaban reservados a las minorías egregias.

El hombre no puede vivir sin orientación, vivir es tener que hacer algo determinado -es cumplir un encargo- y en la medida en que no lo hacemos evacuamos nuestra vida. Lo que el hombre masa necesita es una orientación hacia los valores intrínsecos, que -en términos cristianos- nos invitan a trascendernos. Se aprecia en toda Europa una temible homogeneidad de situaciones, dice Ortega, una nivelación y estandarización; en términos de Heidegger, una dictadura del "uno impersonal", del "se", el "uno" que no es nadie determinado, y que son todos; y que prescribe la forma de ser de la cotidianeidad. Esto ha ocurrido a causa de la aparición de este hombre masa, (que venimos describiendo), de este hombre que en realidad es sólo la "cáscara" de tal, falta de un yo interior, de intimidad, de un yo irrevocable.

Pues bien, en la medida en que el hombre, por efecto de la racionalización y de la consiguiente masificación se ha ido extraviando en lo externo, en esa misma medida se ha divorciado y alejado de su fondo metafísico, de su ser si mismo, de vivir dentro de su propio centro medular. Ya no vive de la interioridad de la conciencia ni se sabe responsable ante sí mismo como ser esencial, vive en crisis.

La Irreligión

La religión es en sí, y por sí una tendencia imperecedera de la humanidad y que desaparecerá a lo sumo cuando desaparezca la vida de la humanidad misma. Existe una tendencia natural en el hombre a la deificación, "a una función deificativa". Tendencia que varía en el modo de expresión y en el grado de intensidad. Junto con el lenguaje articulado es este afán original el que confiere a la especie humana su puesto inconfundible en la vida universal. "*La altura y la profundidad en el hombre se miden por lo que ofrece a sus dioses*"⁹.

Sin embargo, en épocas de crisis, el hombre prescinde de los dioses, y el occidental contemporáneo padece un cambio completo de horizonte espiritual,

8 Spengler, Oswald, *Años Decisivos*, 3a edic., Espasa Calpe, S.A. Trad. Luis López Ballesteros, Madrid, 1983, p. 85

9 Ziegler, Leopoldo "La desdivinización del mundo" en *Revista de Occidente*, II Epoca, Tomo XXI, Madrid, 1983, p. 74.

una pérdida de horizonte metafísico, una transmutación masiva de todos los valores. Si la crisis esencial del hombre occidental es una crisis metafísica el problema esencial es humanista y religioso.

Existen geniales premoniciones de la catastrófica crisis de valores, que padecería el Occidente en el siglo XX. Goethe dijo en su momento: *"La humanidad podrá ser más inteligente y perspicaz, pero no será mejor, más feliz ni más vigorosa... veo que se acerca un tiempo en que Dios no hallando en los hombres complacencia alguna, tendrá que aniquilar por segunda vez a la humanidad, para dar lugar a una nueva creación"*¹⁰.

También Nietzsche concibe la cultura occidental como una cultura en crisis; es así como con su larga mirada profética preve el peligro de un quiebre irreparable de la cultura, del total empobrecimiento que va vaciando de todo sentido la vida humana, y nos dice:

*"las aguas de la religión se retiran dejando en pos de sí lagunas y pantanos; las naciones se separan otra vez con odio encarnizado... Las ciencias triturán y disuelven las más firmes creencias..., todo prepara el camino a la barbarie inminente... Nada se mantiene ya en pie firme y por una fe incommovible... Todo se ha tornado resbaladizo y peligroso en nuestro camino y encima el hielo sobre el que caminamos se ha adelgazado peligrosamente..., por donde pasamos nosotros no podrá transitar nadie más (y agrega),... yo he llegado demasiado pronto...; este tremendo suceso se halla en camino todavía"*¹¹.

A Nietzsche le cupo la misión de anunciarnos la muerte de Dios, pero también nos declaró que fue asesinado: *"Dios ha muerto porque nosotros lo hemos asesinado, y no es fácil ser asesinos, ¿cómo nos consolaremos nosotros asesinos entre los asesinos? Lo que el mundo poseía como más sagrado y como más poderoso hasta hoy, se desangra bajo nuestro cuchillo... ¿Quién nos limpiará de esta sangre? ¿Qué expiaciones, qué medio sagrado nos veremos forzados a inventar?"*¹².

Sin embargo es el mismo Nietzsche quien condena la moral cristiana como una moral de "resentidos", de débiles y miserables, valorando únicamente la vida fuerte, sana, impulsiva, con voluntad de dominio.

En todo caso, la irreligión atraviesa toda la especulación intelectual en general, y filosófica en particular desde el siglo XVIII en adelante.

En el sistema de Comte, Dios es sustituido por la humanidad, "El Gran Ser", que viene a ser el objeto de la nueva religión positivista.

En Feurbach, Dios es un mito que expresa las aspiraciones de la conciencia humana, Dios es un producto de la imaginación proyectado al exterior, la religión es un producto de la fantasía.

10 Jaspers, Karl, La situación espiritual de nuestro tiempo, 5a ed. Edit. Labor S.A., Traduc. Ramón de la Serna, Barcelona, 1980, p. 87. (Jaspers citando a Goethe, sin datos).

11 Jaspers, Karl, op. cit., Jaspers citando a Nietzsche, sólo con estos datos: "Nietzsche, 1936 pp. 214 y 216".

12 Nietzsche, Federico, La Gaya Ciencia, Sempere y Compañía Editores, sin mención de año, Valencia, p. 179.

Para Heidegger, Dios es sólo una metáfora que sirve para indicar la inteligibilidad del mundo proveniente del "Ser-ahí" (Dasein). Los dioses son como nuestra respuesta al caos y aparecieron con el tiempo y el mundo.

Sartre y el existencialismo niegan absolutamente a Dios. Sartre se mueve en la contingencia de lo fenoménico, donde no se encuentra nada divino.

Por otra parte, el marxismo, el materialismo dialéctico, también suprime a Dios porque sus componentes se mueven en la esfera de lo estrictamente temporal. El cristianismo quedó remplazado por el comunismo como visión total del mundo y de la vida. Pero es más propio denominar anti-teísmo a la posición comunista puesto que señala una postura dogmática, intransigente, militante, en tanto que el a-teísmo (los sin Dios) indica una posición amorfa del espíritu; no importa el que Dios exista o no (al comunismo le importa que *no* exista).

Freud, por último, ha declarado que Dios queda, suprimido al ser desmascarado como simple transposición (proyección intrayección) de nuestras propias tendencias inconscientes.

El ateísmo occidental es un ateísmo de indiferencia, declara un total silencio en torno a Dios, se vive en un mundo desdivinizado. Cada día van haciéndose más raras las ocasiones en que las miradas del llamado Primer Mundo se dirigen hacia la colina en la que fue plantada la cruz. El acto salvador de Cristo ya no fecunda el tiempo actual; el drama del Gólgota resulta vano e inútil. El misterio ha sufrido más que una refutación, ha quedado abandonado a sí mismo. Así tenemos que una de las concepciones más significativas de la crisis contemporánea (y según nuestro estudio, de la mayoría de los períodos críticos de otras culturas), es el proceso de desdivinización del mundo, otra forma en que se patentiza la crisis del racionalismo.

De esta manera el cuadro del mundo que nuestra ciencia bosqueja es un *mythos atheos*, y en su estructura tanto más rigurosamente ateo cuanto más exacto es en sus conceptos y juicios¹³.

3.- TOYNBEE Y ORTEGA

En una cultura dada, la conciencia de una crisis se manifiesta prácticamente en todas las capas de la sociedad, pero toda reacción ideológica racionalizada frente a ella, es obra de minorías. En toda época de crisis existe un sentimiento difuso y anónimo de inquietud y desazón; se posee la sensación de que el hombre enfrenta un callejón sin salida. La religión, como hemos reiterado, y otras soluciones tradicionales que en épocas normales bastan para brindar un sostén

13 El ensayo de Leopoldo Zieglers titulado "La desdivinización del mundo", al que hemos hecho mención, profundiza estas ideas.

y una orientación en la existencia pierden su fuerza de convicción y su carácter de seguridad, no se dispone de una concepción unitaria e incontestable del mundo y del sentido de la vida humana. Y cuando los desajustes, contradicciones y tendencias disruptivas que ocurren en la sociedad alcanzan un cierto grado de gravedad, todos los grupos mínimamente afectados por ella expresan su situación angustiosa de modos diversos y según el conjunto de creencias y explicaciones del mundo a su disposición; sin embargo, el modo de reaccionar crítico ante la crisis, esto es, de esgrimir una reacción ideológica frente a ella, se produce entre aquellos grupos necesariamente minoritarios, para quienes la interpretación del cosmos social es parte de su tarea práctica o teórica, vale decir, los intelectuales¹⁴. Sabemos que las crisis conllevan aspectos concretos de índole variada, pero es la conciencia literaria, artística, sociológica e histórica la que asume, denuncia y divulga la crisis. Desde este punto de vista la producción intelectual europea del período de entre guerras es una toma de conciencia, una denuncia y respuesta a la crisis agudamente sentida por una minoría significativa e influyente de intelectuales que generó lo que se ha dado en llamar "la cultura del pesimismo", que da forma escrita-literaria, artística o historiográfica, a la incertidumbre del hombre moderno perdido en una sociedad por naturaleza alienante. Lessing, Spengler, Valéry, Schweitzer, Freud, Jaspers, Huizinga, Sorokin, Ortega, Toynbee, Pirandello, Hesse, Proust, T. S. Eliot, Kafka, T. Mann, Malraux, Picabia, Duchamp, Tzara, Gide, Breton, P. Eluard, Miró, Tanguy, Dalí o Buñuel (por nombrar algunos), revelan en su brillante producción la crisis que los abrumaba. "Los intelectuales europeos de la post guerra estaban convencidos de que la civilización europea había perdido su vitalidad y su ascendencia y que caminaba, si no al abismo, al menos a un rincón marginal y subordinado de la historia"¹⁵.

Los tratadistas seleccionados, en este artículo, para concretar el concepto de crisis histórica son Arnold Toynbee y José Ortega y Gasset. Sólo enunciaremos sus postulados, difundidos profusamente en sus obras y criticados suficientemente en la historiografía contemporánea. Si bien sus teorías difieren en las formulaciones, debido a los distintos órdenes de los cuales provienen, y en su estructuración y pretensiones: *Toynbee*: Inglés, metahistoriador, empirista, enciclopédico, externista, "profeta", mitológico, predicador, político, práctico, fantástico, místico, denso, acumulativo, legalista, cíclico, subjetivo, creativo, cristiano. *Ortega*: español, optimista, brillante, ensayista meridiano, filósofo esquemático, observador sagaz, enteramente poseído de su función de tal, enunciador inquietante, "rasgador de tinieblas", historicista libertario, elitista, individualista, no creyente declarado, que en un estilo esplendoroso avista cosas, señala rumbos, despeja horizontes, incita, conmueve, desasosiega. Ambas tan diferentes y que polemizaron en su

14 Giner, Salvador, *Historia del Pensamiento Social*, 4a edic. Ariel, Barcelona, 1984 p. 180.

15 Fusi, Juan Pablo, "La crisis de la conciencia europea", en *Revista Historia* 16, siglo XX, Nº 8, Madrid, 1985, p. 95.

momento, coinciden sin embargo, en un enfoque holístico medular: el concebir, en una panorámica grandiosa, las culturas en cuanto sistemas y sus crisis como una categoría representativa del acontecer histórico; y por lo tanto de aplicación exigible a la historiografía. Partieron del mismo punto. Iniciaron su estudio de la historia desde su propio presente que era formal y constitutivamente un tiempo de crisis, que asumieron en profundidad. Y fue la interiorización del drama europeo de la Primera Guerra Mundial el acontecimiento que intensificó sus especulaciones en torno a las crisis históricas sufridas por las otras culturas en el tiempo, dado que se podían parangonar con la crisis que vivían, en el sentido de que los caracteres de la crisis de la cultura occidental, eran, en cierta manera, asimilables a otras crisis. Este enlace de la especulación con la realidad sobre la cual se formula, no sólo está presente en ambos pensadores, (también en Sorokin, Spengler, Jaspers o Weber, entre otros) quienes asumen y divulgan la crisis como concepto y realidad.

TOYNBEE

La preocupación fundamental de Toynbee ha sido averiguar si en el enorme caos que es el acontecer histórico se vislumbran ritmos, estructuras, regularidades, leyes, en fin, que nos permitan aclarar una figura, una cierta fisonomía en el acontecer histórico. Mediante el estudio comparado de las culturas, que no son mundos cerrados en su absolutez, como quería Spengler, podremos descubrir los rasgos comunes o uniformes, mediante los cuales comprenderemos las conexiones causales que se verifican en el ámbito de una misma civilización o en la relación entre diversas culturas, y además formular en base a estas conexiones, previsiones probables sobre el desarrollo de una civilización determinada. Para explicar el origen, crecimiento y desintegración de las civilizaciones Toynbee elabora la conocida tesis del "desafío y la respuesta": el medio ambiente duro da lugar a un reto constante que suscita en el hombre una serie de respuestas poderosamente creadoras. Surge un nuevo reto y una nueva respuesta satisfactoria, se sigue y se resuelve la necesidad. Así se desarrolla el crecimiento de las civilizaciones que se traduce en una progresiva y acumulativa autodeterminación interna. Las civilizaciones crecen, de esta manera, mediante un *élan* que las conduce a través del proceso incesantemente creador de una minoría carismática, desde el reto a través de la respuesta, a otro reto ulterior, y de la diferenciación, a través de la integración a la diferenciación otra vez. Pues bien, hay crisis histórica cuando un determinado reto no es respondido. Se intenta contestar una y otra vez pero se fracasa repetidamente. Un reto no superado se transforma en recurrente y se plantea ininterrumpidamente hasta que recibe alguna respuesta a destiempo, o bien acarrea la destrucción de esa sociedad que se ha manifestado incapaz de responder de manera eficaz. El reto no respondido provoca una serie de alteraciones que corresponden a los rasgos típicos de toda crisis: disarmonía, pérdida del poder de autodecisión, discordia social que se patentiza en cismas sociales:

fragmentación de la sociedad en una minoría que de ser "creadora" se convirtió en "dominante", en un "proletariado interno" (grupo social que está en una sociedad pero no es de esa sociedad, como los cristianos en el Imperio Romano), y en un "proletariado externo" conformado por los bárbaros de la periferia.

La verdadera esencia de la crisis se manifiesta en las crisis personales de los individuos de esa sociedad y que Toynbee denomina "Cisma en el Alma", que se manifiesta en signos similares: abandono, restricción, anomía (sentimiento de hallarse a merced de factores externos), incertidumbre espiritual: arcaísmo, o futurismo, estandarización, uniformidad. La cultura queda al alcance de las masas desorbitadas¹⁶.

ORTEGA

Para Ortega, las crisis históricas son crisis de creencias. Existen dos tipos de ideas: "las ideas ocurrencias", que son los pensamientos que se le ocurren al hombre, y las "ideas creencias", que son las ideas en que se está; son creencias tan radicales que se confunden con la realidad, "son nuestro mundo y nuestro ser". El término "ideas" sirve para designar todo aquello que en nuestra vida aparece como resultado de la actividad intelectual, pero las creencias se presentan con un carácter opuesto, nosotros contamos con las creencias y pensamos las ideas.

Las creencias están en nosotros no en forma consciente, sino como implicación latente de nuestra conciencia o pensamiento. La relación del hombre con las ideas es efímera, en cambio con las creencias es vital, clara, espontánea; no es sólo un pensar, sino una adhesión a ese pensar. Las creencias constituyen la base de nuestra vida, por lo tanto, toda nuestra conducta, incluso la intelectual depende de cuál sea el sistema de nuestras auténticas creencias. Pero en el área básica de nuestras creencias tenemos enormes dudas. También en la "duda" se está, pero en este caso el estar tiene un carácter terrible. En la duda se está como se está en un abismo, o sea "cayendo", es la negación de la estabilidad, se duda porque se está en dos creencias antagónicas. El mundo, entonces, se nos presenta ambiguo, confuso, en crisis. El hombre en crisis vive en dos creencias sin sentirse instalado en ninguna. Hay crisis histórica, dice Ortega, cuando el cambio de mundo que se produce consiste en que al mundo o sistema de convicciones de la generación anterior sucede un estado vital en que el hombre se queda sin aquellas convicciones, por lo tanto, sin mundo. El hombre vuelve a no saber qué hacer como el primitivo... *"Por eso el cambio se superlativiza en crisis y tiene carácter de catástrofe"*¹⁷.

16 Estudio de la Historia, 6a ed. en el Libro de Bolsillo, Alianza Edit. Resumen de D.C. Somerwell. Traducción Luis Gasset. compendio de 13 vols. en tres tomos, Madrid, 1981. (Síntesis).

17 Ortega y Gasset, José. "En torno a Galileo" Obras Completas, vol. V 5a ed., Revista de Occidente, Madrid, 1961, p. 64.

Es un cambio que comienza por ser negativo, crítico, las normas tradicionales aparecen como inadmisibles. El yo individual es suplantado por el yo que es "la gente", por el yo convencional, complicado, pseudo culto. El hombre se colectiviza, (y ello ha ocurrido siempre que una sociedad sufre un agudo estado de ruptura), se siente perdido, "azorado", derorientado. La crisis puede entonces definirse como un cambio catastrófico en que a la presencia de un mundo sucede la ausencia de un mundo. El hombre, dice Ortega, vuelve a vivir a la orilla de ruinas y escombros, acosado por el miedo y la inseguridad. Se vive desde pseudo creencias colectivas, desde ficciones, Ortega piensa que las épocas de crisis son de chantaje, de extremismo. Un signo muy acusado de todo período crítico es la actividad racionalista, (en este punto coinciden todos los tratadistas en análisis), que para Ortega se traduce en una "hipertrofia cultural", el hombre culto, demasiado culto, se pierde en sus propios saberes, se ahoga en su contorno cultural al igual que el primitivo en su contorno cósmico. Se produce entonces una "saturación", una "parálisis" en la cultura que conduce a la "demagogia", a la "alteración", a la exaltación de la retórica de la acción como las bandas de Clodio y las dictaduras militares a propósito de Roma, la actividad política de los Borgia en el Renacimiento y los regímenes totalitarios de Occidente¹⁸.

Hemos reiterado que los pensadores citados se refieren en detalle, con fuerza incisiva a la crisis contemporánea (o como diríamos hoy a la crisis de la modernidad), y con menor intensidad a las crisis de las antiguas culturas, aunque Toynbee tomó como modelo el comportamiento de la "cultura helénica" (greco-romana), paradigma que nunca abandonó, y buscó en el acontecer fáctico de las crisis de otras culturas los hechos que se acomodaran a su modelo conceptual, con lo cual forzó la historia; y su grandioso esquema, a la postre, se convirtió en un artificio. Por otro lado, en relación con la desaparición de la cultura occidental, por efecto de la crisis, Toynbee es ambiguo, a diferencia de Spengler quien nos explicita claramente que la cultura occidental se extinguirá tal como las otras en el pasado, lo que es coherente con su sistema cuyo fundamento básico se encuentra en la analogía organicista. Pero Toynbee es contradictorio. Para analizar el proceso de extinción de otras civilizaciones se valió de las señales letales que mostraba Occidente, y sin embargo nos declara reiteradamente que

18 A través del análisis de las obras completas de Ortega constatamos que la idea de la historia "como sistema" significa en su pensamiento que los hechos históricos no son antojadizos, fortuitos, sino que se incorporan en un todo orgánico que los comprende y determina, que les otorga su íntimo sentido. Este principio al mismo tiempo prefigura la tarea del historiador, que no podrá ser una operación de registro y fichaje, de catálogo y clasificación. El principio de la historia como sistema condiciona su tarea en el sentido que debe esforzarse por retrotraer todo hecho a su fuente originaria y obligarlo a nacer de nuevo; esto es, el historiador debe descubrir el punto de vista desde el cual el proceso histórico se ilumina y revela su razón: un conjunto coherente de relaciones jerárquicas dentro del cual los hechos antes dispersos y caprichosos ahora se ordenan y normalizan. Tanto en el análisis de la crisis de Roma, en el del cristianismo como en el de la época actual, Ortega se ha movido siempre buscando ese "punto de vista" sensible y esclarecedor con una constancia ejemplar y admirable. Una vez hallado y disponiendo de una segura plataforma de vuelo, emprende la descripción verdadera, interior, de cada uno de aquellos períodos. Ningún pueblo, ninguna cultura, ninguna historia puede sustraerse a este proceso de desarrollo y posterior derrumbe. La crisis no es, pues, un acontecimiento accidental en la historia; al revés, representa un momento trágico y previsible en todo proceso histórico; de ahí su periodicidad, puesto que cada vez que un pueblo inicia una aventura histórica se somete a este esquema constante y no le es dado escapar a la trayectoria de su curva.

la civilización occidental "por la gracia de Dios" se librará del holocausto universal; pero en distintos pasajes de su obra nos previene, también enfáticamente, que Occidente perecerá porque ingresa ya en el "Estado Universal" y muestra una pluralidad de signos inequívocos no ya de crisis, sino de franca decadencia.

Ortega, por su lado, en sus últimas obras abandona ese optimismo juvenil que daba plazo de vida a nuestra cultura, a través, o por medio de la "razón vital-histórica", que forzaba al hombre occidental a recuperar su condición de heredero, de ente que es historia; para plantear finalmente la decadencia social como irremediable en toda cultura. La irrupción de la modernidad es para el pensador español fuente inagotable de constitutivas ilegitimidades: la vida abierta reemplaza siempre a la vida absorta, la vida como libertad degenera en vida como adaptación, el estado como ortopedia sustituye al estado como piel. La creencia se resquebraja siempre, y el hombre es animal constitutivamente enfermo.

3.- PROPOSICION DE UNA TIPOLOGIA DE LAS CRISIS HISTORICAS

Hemos insistido en el hecho de que todas las culturas han atravesado a lo largo de su historia por estos períodos de ruptura del equilibrio que surgen por la disolución de los ideales y esquemas valorativos que ya no son operantes, debido a nuevas incitaciones que comienzan a incorporarse, a forzar los esquemas constituidos, la crisis se produce porque en el ámbito cultural queda un vacío; los valores antiguos ya no son vigentes y los nuevos aún no se estructuran; pero pronto aparecerá en aquella sociedad una aspiración y una exigencia para alcanzar un ajuste en las relaciones, ya sea mediante el abandono de los valores caducos, o un renacimiento de ellos en otra dirección, y/o por la postulación de otros completamente nuevos a los que la comunidad adhiera.

Concluyendo, hemos reiterado la gran importancia que en la actualidad posee el concepto de crisis histórica y la necesidad de su clarificación; cosa que posee un valor para la historia, pues en el seno de una vicisitud intelectual como el siglo XX donde la vivencia de la crisis es altamente relevante en diversos órdenes, se hace imprescindible el análisis del tratamiento intelectual de la noción, que ha sido abordada bajo diferentes puntos de vista por los distintos tratadistas en estudio, que han sido capaces de acometer el tema logrando aprehender los caracteres esenciales de su desarrollo interno, todo lo cual nos conduce a proponer una tipología del concepto en análisis.

La crisis es la afirmación de discontinuidad, su aparición es brusca, este carácter súbito y acelerado es permanente, no hay nunca gradación ni estabilidad; supone la aniquilación de la rutina y se ingresa de lleno en un período de novedades y peligros no exento de posibilidades de renovación.

Las crisis históricas son crisis de creencias; el sistema de valores sufre

una ruptura abrupta, los esquemas constituidos dejan de ser operantes, las convicciones cesan su vigencia y se ingresa en un estado de desorientación y alteración que impide al hombre decidir lo que va a hacer con precisión y confianza.

La crisis se presenta como una vivencia consciente, se vive la ruptura con dramatismo, con una actitud de quien se detiene al borde de la vida y evoca lo que ya no es, lo ausente y cuya pérdida crea la sensación de vivir en una cárcel lejos de la plenitud y luminosidad que la libertad posibilita. El hombre se siente pasajero de un carro cuyo rumbo no puede determinar y de cuya suerte los dioses no se compadecen. El rostro del mundo antes familiar y benéfico se ha vuelto torvo y amenazante.

La mutación en que la crisis consiste trae consigo el desarrollo de elementos endógenos y la captación e incorporación de elementos nuevos; las constantes del tiempo histórico revienen sobre sí, pierden su dirección tradicional y se recuperan o entrecruzan buscando nuevos rumbos. La crisis es siempre el encuentro de una fuerza material antigua con una nueva.

Pérdida de la libertad. Se ingresa en la fase crítica cuando de -en términos orteguianos- "una vida como libertad" se pasa a "una vida como adaptación". Las instituciones del estado no se organizan más "como la piel sobre el cuerpo", con flexibilidad y espontaneidad, sino que actúan sobre el individuo imponiéndole rígidamente una estructura institucional enajenada; al hombre sólo le es dado adaptarse a ella, carece de poder para corregir su rumbo.

Podemos observar una pluralidad de actitudes, de situaciones vitales que se manifiestan en las fases críticas que pueden englobarse en el término orteguiano de "alteración". Al producirse la ruptura en la organicidad de la vida, el hombre es disparado fuera de su centro y proyectado a la periferia de sí, esa situación vital se traduce en diferentes actitudes, tendencias y conductas negativas: fingimiento, falsificación, demagogia, escepticismo, materialismo, pragmatismo, nihilismo, hedonismo, inmoralidad, utilitarismo, temporalismo, relativismo, anarquismo, abandono. El hombre ya no es sujeto de unidad, no puede, por tanto, afrontar con éxito los problemas que le plantea el entorno, no confía en sí mismo ni en el prójimo; se abandona al "destino", a la "suerte". La incertidumbre espiritual en la que se debate provoca un sentimiento de derrota moral que le incita a perseguir quimeras como sustituto de un presente inadmisibile.

Hipertrofia cultural. Por una parte la cultura crece y se ramifica, conformando un tupido follaje que enturbia la mirada del hombre en crisis y le impide controlar la totalidad de las ideas en circulación. El hombre culto, demasiado culto, se pierde en sus propios saberes. La complicación es excesiva y se ahoga en su contorno cultural, al igual que el primitivo en su contorno cósmico. Se produce entonces una saturación, una parálisis de la cultura que se ha tornado en pura complicación. No hay certidumbres adecuadas acerca de nada. La culturización ahoga la vitalidad, y se vive "para" la cultura en lugar de ser a la inversa.

Reemplazo de las soluciones orgánicas o naturales por las mecánicas, de fuerza o artificiales que Spengler identifica con el Cesarismo primero y con las

dictaduras militares de los hombres surgidos del pueblo después. Toynbee con la acción exacerbada de una "minoría dominante" que crea un Estado Universal y oprime a los "Proletariados" (interno y externo). Y Ortega con la llamada irrupción de la retórica de la acción.

Desarticulación en la unidad dinámica de la sociedad. Unidad articulada por el juego armónico de la acción de una "minoría creadora", (Toynbee), "hombres egregios", (Spengler), "minoría élfica" (Ortega)- y la actitud acatadora de la masa que ve en sus líderes una ejemplaridad, una instancia que debe respetarse e imitarse; desarticulación que invierte la jerarquía y determina el imperio de las masas rebeladas, formadas por el hombre medio, que repite en sí un tipo genérico, vaciado de autenticidad. Lo que determina entonces la significación del concepto "masa" es una cualidad -no un rango social. Las "masas rebeladas" condicionan, precipitan y caracterizan una crisis histórica. Este relevo del protagonismo histórico, unido a la tecnificación y a la pérdida de la hegemonía europea, significaba, pensaban los intelectuales, una amenaza de muerte para la cultura en sí. Estas "masas" se concebían como secuaces de la "nueva religión" del tecnicismo (en la creencia de que en la técnica se encontraba la neutralidad absoluta). La sociedad masa hacía posible movimientos regresivos del corte del bolchevismo y el fascismo que marcan la involución histórica, por la forma antihistórica en que operan.

Hay posturas, sin embargo, que reivindican la acción de las masas, considerando al proletariado "como objeto y sujeto de la historia" (Luckács, Gramsci). La ideología marxista, en general, no acepta el postulado liberal que culpa a las masas de los males de la sociedad y trata de comprender la "conciencia proletaria" desde la dignidad del ser humano. Postulado, éste, que agregó un matiz nuevo a la "Teoría de la sociedad-masa". La Escuela de Francfort atempera las posiciones extremistas del marxismo vulgar: no propicia la lucha de clases sino un racionalismo de nuevo cuño: la razón crítica.

Si las épocas normales pueden definirse como períodos creativos, las épocas de crisis se definen como períodos de consumo, colosalismo, estandarización y pornografía. La sanidad y sencillez en las costumbres y en los placeres son sustituidos por un refinamiento exquisito y sensual, extremándose en depravaciones.

La crisis se manifiesta en todos los niveles de la sociedad con diversos grados de formulación, o sea, todos los grupos afectados por ella expresan su situación de angustia de acuerdo con los medios a su disposición, pero son los intelectuales quienes reaccionan críticamente ante ella. Todos los enfoques enfatizan lo mismo; actitudes, respuestas y reacciones se plasman en obras históricas, sociológicas, filosóficas, psicológicas, literarias, artísticas significativas que constituyen una reflexión sobre la crisis, una reflexión desalentada y pesimista acerca de la esterilidad de la vida en un mundo carente de sentido. Las obras de los tratadistas significan aquí un enlace de la especulación con la realidad sobre la cual se formula.

Existe una relación entre la crisis y las actitudes históricas. Toda crisis

trae consigo, de manera viva y dramática, una preocupación fundamental por su desenlace, una postulación de futuro que supone, esencialmente, una actitud histórica, y en el desarrollo de la cultura occidental la crisis suscita una interpretación historicista del desarrollo de la sociedad condicionada por un futuro postulado, último eslabón de la crisis. Los ideales y tendencias del individuo y del grupo social son los que se proyectan al futuro, pero tal proyección carece de sentido y de raíz si al mismo tiempo no se retrotraen hacia el pasado, para constituir de esa forma la línea de coherencia en que el futuro postulado adquiera eficacia inmediata, por una parte, y legitimidad histórica por otra. De acuerdo con José Luis Romero en su ensayo *Las Concepciones historiográficas y las crisis* (ya citado) lo que condiciona la concepción historiográfica es una toma de posición ante la crisis.

Las crisis históricas son "crisis reales" con innumerables y complejos problemas, que no podemos analizar aquí. Sin embargo, hay dos fenómenos de la intimidad de la crisis que son sustentantes de todos los demás porque son fundamentos del hombre: El racionalismo que trata de resolver las relaciones del hombre con el mundo para poder aprehenderlo y comprenderlo. Y la religión que asegura la relación con lo trascendente, tendencia imperecedera y natural del ser humano. Pues bien, el racionalismo se ha mostrado como un instrumento de dominio, interpretando el mundo desde el punto de vista del fin utilitario, gracias al cual subyugamos y fijamos el mundo como si fuera una urdimbre de ordenaciones y conexiones, pero se ha demostrado, a su vez, impotente para la comprensión de otros "mundos", el universo moral, por ejemplo. La racionalización ha despojado al hombre de su espíritu, de su alma y es aquí donde radica el núcleo de toda crisis histórica; en la actitud racionalista que mediatiza el mundo, desinterioriza al hombre y que conlleva una desdivinización del mundo, despojando al ser humano de su base de sustentación.

La religión que como solución tradicional bastaba para brindar al hombre un fondo, una seguridad, ya no es vigente. Dios no existe, y el hombre ya no dispone de una concepción unitaria e incontestable del mundo y del sentido de la vida. En el fondo del alma humana palpita siempre una inquietud metafísica que no puede ser satisfecha con ningún elemento técnico, y el individuo en crisis (no sólo el del Occidente contemporáneo) padece un cambio completo de horizonte espiritual, una pérdida de la imagen esencial de sí mismo y una transmutación masiva de todos los valores.

Por último como corolario de este trabajo enunciaremos un postulado que sintetiza nuestras categorías:

- Las crisis históricas constituyen una forma fundamental que puede adoptar la estructura de la vida humana, en relación con lo que la vida histórica tiene de cambio. Se conciben, por lo tanto, como profundos cambios que afectan a la totalidad de los planos de una estructura cultural, provocando la ruptura del equilibrio: disolución de ideales, tendencias, esquemas socio-políticos, económicos y valorativos; pero el reemplazo del sistema de valoraciones por otro nuevo

no entraña necesariamente la extinción de la cultura en cuestión. Las crisis históricas presentan rasgos morfológicos inequívocos que denuncian su presencia. Su "espacio simbólico" o "ámbito necesario" es siempre la cultura en la que tienen lugar, en un tiempo cuyas modulaciones son fácilmente perceptibles. La conciencia de la crisis se manifiesta en todas las capas de la sociedad, pero toda reacción ideológica racionalizada frente a ellas es obra de minorías. Los factores que provocan y condicionan la irrupción de la crisis no proceden por vía causal rígida, sino que son fenómenos que aparecen íntimamente entrelazados, condicionados recíprocamente, y que concurren simultáneamente, de tal forma, que son expresión unitaria de un proceso total. Las crisis se presentan en todas las culturas en forma más o menos periódica y sistemática, de tal manera que constituyen un fenómeno esencial, *una categoría de la historia*.